

cenio siguiente. No conozco ese poema, lamentablemente, prologado, además, por Alberti.

2. "Segunda jornada: sobre la pintura y el arte en general". Cf. Ernesto Sábato, *Entre la letra y la sangre*. (Conversaciones con Carlos Catania). Buenos Aires, Seix Barral, 1988, págs. 24-39.
3. Octavio Paz, *Puertas al campo*, Barcelona, Seix Barral, 1972, pág. 77.

## "Ya somos todo aquello contra lo que luchábamos a los veinte años"

### Ultrantología

(Antología del poema breve)

Jorge Cadavid (selección y prólogo)

Makbara Editores, Bogotá, 1999,  
141 págs.

Es falso que no existe la salvación en tamaño miniatura. Basta acudir a este libro para refutarlo (9 x 14 cm, un libro de bolsillo, que incluye 234 poemas breves). Todavía la poesía tiene el inmenso poder de redimirnos. Éste, en efecto, es un libro que reta al tiempo. En la época del predominio del lenguaje técnico, de la sensibilidad espiritual modelada por los medios de comunicación de masas, de la práctica desaparición del lector literario, del triunfo avasallante de los *happenings* y de la cursilería artística, cuando pareciera que el lenguaje poético no tiene nada que decirnos, nos encontramos con esta joya, algo así como un vademécum abreviado para consultar en tiempos de desespero.

El poeta Jorge Cadavid —editor y compilador del libro— se ha esforzado por recoger poemas breves —muchos de ellos no tienen más de veinte palabras y tres versos— que nos pueden dar la clave inmediata para reconocer en el mundo algo que nos parecía inaprensible, abstracto o demasiado fragmentario. ¿Qué tal éste de Salvatore Quasimodo para meditar sobre la muerte?:

*Cada uno está solo sobre el  
[corazón de la tierra  
traspasado por un rayo de sol:  
y enseguida anochece.*

O el del japonés Etsuro Sakamoto, que nos da una idea del entorno alienante que ha acompañado al mundo industrializado:

### Subway

*Todos los días comparto un*

*[ataúd*

*con los extraños.*

*Clavando de prisa*

*mi propio ataúd,*

*me dirijo a la ciudad*

*para ser enterrado vivo.*

El poema breve, al igual que el aforismo filosófico, se caracteriza por la brevedad semántica y sintáctica. En pocas palabras se sugiere más de lo que se dice. Los referentes, las explicaciones, las ampliaciones desaparecen. Queda la vitalidad que contiene cada palabra, el límite en que pueden ser leídas sin ser traicionadas, "chupadas" habría que decirlo literalmente. Citando a Liebermann, Cadavid es más preciso: "La riqueza del poema es como la riqueza del dibujo: dibujar es omitir" (pág. 8). Analicemos el siguiente poema del argentino Antonio Porchia para verificarlo:

*Hace mucho que no pido nada  
[al cielo y aún no han bajado  
[mis brazos.*

Es un poema religioso que cuestiona el ancestral rito de la solicitud al creador. Se pide porque en la tierra nada nos es concedido. Pero a cambio el dador se niega a recompensar. El hombre —su espíritu de insistencia— se ve superado por la divinidad. Queda un acto vacío —levantar los brazos en señal de ruego— que no significa nada, salvo un alarido de dolor en mitad del mundo. En quince palabras el poeta dice lo que el crítico intenta aclarar en sesenta y ocho.

En el minipoema, la metáfora alcanza su máxima exigencia, un nivel de comprensión absoluto que exige del lector acudir a la mayor canti-

dad de referentes. Cómo no sentirlo al leer un poema brutal, el haikú del japonés Enamoto, donde cada palabra está en su puesto, su único y excluyente puesto, y hacernos sentir el dolor —y al mismo tiempo la paradójica belleza de un instante— de modo visceral:

*El niño ciego,  
guiado por su madre,  
frente al cerezo en flor.*

No se excluye de esta antología el erotismo. Desde los clásicos poemas de Alejandra Pizarnik (*En tu aniversario*: "Recibe este rostro mío, mudo, mendigo. / Recibe este amor que te pido. / Recibe lo que hay en mí que eres tú"), pasando por la exquisita reflexión del colombiano José Manuel Arango ("como para cruzar un río / me desnudo junto a su cuerpo / riesgoso / como un río en la noche") hasta los novedosos y sugerentes tankas de Takuboku ("Me despedí de ella / con un largo beso, / de madrugada. / Lejos, no sé dónde, / había un incendio").



Pero en otros momentos el poema amoroso adquiere la dureza del versículo bíblico, señalativo, como en el del alemán-israelí Yehuda Amijai: "El que se aparta de lo que ama / hará saltar su última palabra / como una piedra plana sobre el agua: / saltará tres o cuatro veces. / Después se ahogará". O sencillamente es juego y nostalgia por el inalcanzable ser amado: "Más allá de tu nombre y de mi nombre, / qué será este esperar sin esperanza" (Dulce María Loynaz).

A veces el poema breve es más efectivo que el discurso político. Desenmascarador resulta el de Carl Sandburg:

*He visto irse  
los viejos dioses  
y llegar nuevos.  
Día tras día,  
año tras año  
los ídolos caen,  
los ídolos surgen.  
Hoy  
adoro el martillo.*

O puede ser irónico y explosivo, caso del reclamo desengañado de José Emilio Pacheco:

**Antiguos compañeros se reúnen**  
*Ya somos todo aquello  
contra lo que luchábamos a los  
[veinte años.*

O sintetizar todas las rabias acumuladas y exigir acciones, como en la versión del poeta mexicano Aurelio Asiain:

**Lázaro**  
*Anda,  
levántate y olvida,  
atiende a lo que pasa.  
Aprende a caminar  
a ciegas por tu casa.*

Un elemento que no se puede pasar por alto y que caracteriza esta Ultrantología es el humor. El humor en todas sus formas. Así aparecen la ironía exquisita: ("Prohibid / la música y el mar y los atardeceres: / dan placer". Iván Tubau); la parodia de los textos clásicos ("No me gustas cuando callas / y estás como ausente / no sé si no tienes nada qué decir / o la raya de cocaína / se te subió a la cabeza". Cristina Peri Rossi); el exabrupto que roza la comedia ("Sólo dos cosas / quisiera: el paraíso / y no morir". R. H. Blyth); el desenfado que golpea ("Eso que estás esperando / día y noche, y nunca viene; / eso que siempre te falta mientras vives, / es la muerte". Augusto Ferrán).

Concluiríamos: lo más se puede decir con lo menos. Acostumbrados

a la retórica del ágora mediática, abusamos de las palabras, las desgastamos con tanto uso tosco. Es el imperio de la insustancialidad, del vacío verbal, el desprecio por la síntesis. El poeta aparece, entonces, como el apaciguador, el guardián del lenguaje, su recuperador, una especie de pastor que devuelve las aguas perdidas a su curso. Como en la exigencia de Hölderlin, se busca recuperar el imperio de la verdad de la cual el lenguaje es su principal instrumento:

*En la aldea baila un reno  
Elegancia  
Elegancia  
Y todavía no acaba.*  
(Georges Schehadé, poeta libanés)

El libro trae al final un apéndice con una nota biográfica de los autores compilados, con juicios valorativos muy acertados de Jorge Cadavid. Un lunar afecta la antología: no indicar la procedencia de las traducciones.



Los interesados encontrarán en este libro poemas breves, entre otros, de Gottfried Benn, Ómar Jayyam, Eugenio Montale, Darío Jaramillo, Jorge Eduardo Eielson, Jorge Guillén, Juan Manuel Roca, Javier Sologuren, Emily Dickinson,

Rainer Maria Rilke, José Ángel Valente, Jack Kerouac, Wallace Stevens y Bertolt Brecht.

De cualquier modo es una felicidad cargar este libro de un lado para otro —en el bolsillo del saco, en el maletín del trabajo— como un oportuno diccionario que se consulta en momentos de duda, de enredo con la vida, de ansias de beber en el pozo del lenguaje.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

## **“La maña de sentirse raza superior viene desde que se descubrió el primer fémur masculino”**

**De la caída de un ángel puro por culpa de un beso apasionado**

*Silvia Galvis*

Arango Editores, Bogotá, 1997,  
135 págs.

Esta pieza de Silvia Galvis está dividida en tres actos y consta de cuatro personajes femeninos principales (los enumero en orden de aparición y escojo una característica de cada uno para definirlo, tomada de la misma obra): Autora, de “cuarenta y pico” años, quien compone la pieza teatral en el escenario mismo, frente al público. Según sus mismas palabras, ella es como todos los escritores, que son “como dioses” y, al mismo tiempo, son “monstruos, bestias feroces”; Rebeca, con aproximadamente setenta años, ama de casa, pertenece a la generación de la obediencia: “obediencia al padre, obediencia al hermano, obediencia al marido, obediencia al cura”; Ángela, hija de Rebeca, quien tiene los mismos “cuarenta y pico” de Autora, es antropóloga, pertenece a la generación de la culpa y de la transgresión: “culpa si se quedan solteras, culpa si se divorcian, culpa si tienen hijos, culpa si no los tienen, culpa si traba-